

I. Del pueblo me acuerdo hasta en sueños

Engracia: Las cosas pasadas... ¡bah!, ¿pá qué se van a contar?. Los jóvenes no saben. No saben nada de todo eso. No saben lo que es la vida. Pero lo nuestro, mire, no tiene ni explicación ni sentido ni es para contarlo.

No quiero hablar... lo que no quiero es ni hablar. ¡Quite esa cinta!. Que todo eso no salga de ahí, ¿eh?, y que no se enteren mis hijos.

Cuando le recuerdo esas cosas, mi propio hijo me responde «¡no sería para tanto, no sería para tanto!...» Y una vez en la panadería me dijo una chica: «mejor que usted no hubiera hablado». Pues, por eso mismo, ¿pá qué voy a hablar?

No quiero presumir, ya sé que otros lo habrán pasado peor. Pero es que se ha sufrido mucho, allí se ha sufrido mucho. ¡Qué miserablemente nos criamos!. Porque lo que a mí me ha tocado en el pueblo, de hambre, de que se reían de nosotros, de que no hemos tenido nada de nada, de que nos han tenido abandonados y nos han tratado como corderos, sin ambiente, sin comida, sin cultura, sin posibilidad ninguna... ¡eso no tiene nombre!

A mí me oye hablar la juventud, y yo a pesar de mis años quiero mucho a la juventud, y dice «ay qué persona ésta». Pero ellos no hacen más que vivir a lo loco, sin talento o sin juicio. Que les parece que es así y no es así.

Por eso, si nos ponemos a contar penas cada uno hace un libro con sólo su historia. Pero yo todas esas tonterías las encuentro una bobada... ¡Bueno!, pero al fin y al cabo, hablando y hablando, quizá me acuerde de algo. Yo muchas veces mientras trabajo tengo recuerdos de aquella vida. ¡Del pueblo me acuerdo hasta en sueños!

Avelino: Tengo ahora 62 años, o sea que nací en el 1917. Nosotros nos criamos en una casa de pobres, esclavos de los poderosos, de los más poderosos que había allí, en Tamurejo, provincia de Badajoz. Eramos sus criados. Mi padre era su ganadero, su guarda, su todo. Mis cuatro hermanos y yo no hacíamos más que ayudar a nuestro padre: guardar los marranos de los señores, sus vacas, salir en las épocas de la parida o recoger el ganado por la noche.

Nos criamos miserablemente, y el sueldo de nuestro padre era apenas el poder vivir allí. Eran señores feudales. Ni se nos podía ocurrir pedir aumento de sueldo, como yo lo he hecho muchas veces desde entonces, pero cuando he sido mayor. O pedir sueldo, simplemente. Porque el cuñado o el hermano o alguien te podía decir:

— ¿No te da vergüenza pedir aumento de dinero a los señoritos, encima de que te están criando a los hijos?

Sólo estuve una temporada en la escuela, ya de adulto, pero bien poco aproveché. Lo que más me hicieron aprender fue el Catecismo: me lo sabía del último al primero... ¡máscale! Pero aquel maestro no daba clases, porque las clases se convertían en que había una maestra y un maestro que estaban solteros, y el maestro mandaba esquelas a la maestra y la maestra al maestro y en eso se convertía y no enseñaban nada y los chicos que iban diariamente a clase le tomaban el pelo. De tal manera se lo tomaban, que un día un amigo mío —Cándido se llamaba— me dice: «Esta noche vamos a pegar al maestro; cuando yo me ponga de pie, apagamos la luz y empezamos a darle». Y no hubo forma de convencerle de lo contrario. Y por la noche eran todos a darle de banquillazos con maderas... Y hasta el Cándido ése cogió una leña, la prendió y empezó a arder la puerta de la escuela. ¡Una gamberrada, en fin! pero, hay que ver en lo que se convierte un maestro que es un irresponsable y que no tiene autoridad! Esos eran los maestros que nos mandaban. Ahora, si venía alguno que enseñaba, entonces era mucho el respeto.

Así que de todo aquello me hicieron un rebelde, pero logré saber lo que está bien y lo que no lo está y lo que merece un respeto. Por eso, aunque no tengo cultura, tengo experiencia.

Sr. Paco: Yo apenas tengo estudios y si mi padre me los pudiera haber dado, creo que hubiera sido yo un hombre de mucho provecho y hubiera llegado al grado más grande, porque a mi me da mucho por pensar. Yo tengo mis ideas sobre la tierra, las voy tomando poco a poco.

A la escuela fui de noche desde los quince a los veinte años. También, sí, fui de pequeño, pero era una escuela muy grande y el maestro tenía cien o doscientos niños. Escribía allí un dictado y, mientras tanto, los otros con la cartilla... Y cuando había demasiado jaleo cogía a los más malillos, los agarraba por el pescuezo, les echaba la mano al culo y encima de una banca con una correa que tenía muy grande, les daba cuatro a cinco correazos según él veía, y ¡hala!, a casa.

Había otro maestro pero éste costaba una perra gorda diaria. Enseñaba también mucho a fuerza de palos. Un día castigó a dos chiquillos encerrándolos en un balcón y las avispas se los comían allí amarrados y una tía mía que vivía enfrente los vio y dijo: «Pero, hombre, que a esas pobres criaturas las están comiendo las avispas», porque ellos ¡ay, ay, ay!.. Así eran los pocos maestros que había entonces en Granada, ya hablo de los años 20.

Leonor: En mi pueblo la gente comía sólo de la tierra. Dependían mucho de la remolacha de azúcar que ahora apenas hay. Ahora tiene muchos menos habitantes. Yo lo recuerdo cuando era grande y vivíamos más de dos mil personas. Es un pueblo de la provincia de Zaragoza, Morata del Jiloca. Allí nací en 1933, o sea que tengo ahora 46 años.

Con lo que sacábamos de la tierra, teníamos para comer, pero había que comprar carne y aceite en la tienda del pueblo, lo demás lo criábamos nosotros. Teníamos gallinas, conejos y cerdos. Teníamos la leche en casa, los huevos, almendras, nueces, fruta, de todo. En mi casa hambre no se ha pasado

pero sobrar tampoco, porque éramos diez y mi padre trabajaba la tierra y además iba a una fábrica de alcohol y ganaba diez reales al día.

Eramos ocho hermanos y yo era la segunda. Iba a escalar remolacha, a apacentar animales y a ayudar a mi padre a esclarecer zanahorias, que allí se crían muchas, a sembrar remolacha y al campo a torrear, a coger la parva y a aventar. Todo eso a mi no me gustaba. Yo trabajaba desde que se hacía de día hasta que se hacía de noche y cuando venía del campo me tenía que poner a lavar a mis hermanos, a peinarlos y a arreglarlos. Además ayudaba a mi madre a amasar el pan y lo poníamos en una tinaja en la bodega y comíamos pan de ocho días.

No sé leer ni escribir porque no me han enseñado. Menos mi hermana la mayor y yo, los demás han podido ir a la escuela, pero nosotras no, porque estábamos ayudando en casa, ayudando a mis hermanos, llevándole la comida a mi padre y ayudándole para aquí y para allá.

Felipe: Yo nací en 1948, en un pueblecito de León llamado Valtubia de Arriba, y en casa, lo que se llama necesidad de comida por hambre, no pasamos.

En la provincia de León todo el mundo tiene su poca tierra y con ella algo que comer. En casa teníamos viñas y huertas, gallinas y conejos y siempre hemos matado algún cerdo. Dinero en metálico, en cambio, veíamos muy poco: el que traía mi padre de la fábrica de cemento en la que trabajaba.

Ahora de mayor me doy cuenta de que hemos sido nosotros mismos los que nos hemos explotado y que hemos sido explotados por los propios padres. Era una disciplina terrible la que nos tenían impuesta y que ahora veo que sin ella no comíamos: regar y cavar las patatas, cebollas, pimientos y lo que hubiera. Recuerdo que muchos vecinos decían «los hijos de Emilio, en cuanto salen de la escuela parecen hormigas, el que puede con la cesta, la cesta, y el que puede con el azadón, el azadón».

Porque en casa hemos sido muchos para comer: siete hermanos, cinco hombres y dos hembras y nuestros padres, y la tierra no tenía vida para tantos.

Ahora sobre todo lo que añoro es un poco de cultura. Se puede decir que yo he estado sólo año y medio en la escuela de Valtubia, lo demás algo a intervalos. Hasta 1958, cuando yo ya tenía diez años, en la escuela del pueblo había un maestro, Don Wenceslao, que sólo venía por las mañanas, porque vivía en un pueblo vecino y tenía que venir y marcharse a pie. Sólo se dedicaba a los mayores. Así que yo no hice nada con él, y empecé a trabajar en la construcción. Por eso he aprendido este oficio desde pequeño. Pero me falta; me falta saber interpretar planos, saber las mediciones, echar cuentas, en fin, todo lo que debía de haber aprendido en la escuela. Pero aunque sé poco, eso de aprender siempre ha sido como una fuerza que yo he tenido, siempre he querido aprender más, saber más...

Rafael: Yo nací en una casa de campo, a unos 5 kms. del pueblo de Canjáyar, en Almería. Hasta los 10 años, estuve en contacto directo con la naturaleza, en el campo, en el cortijo donde me crié. Mis padres vivían en la casa como criados. Mi padre era el mulero.

Cuando nací, los dueños, que vivían en Almería, me apadrinaron y me pusieron Rafael, que así se llamaba también el hijo del dueño, que era abogado.

El cortijo era bastante grande y tenían siempre trabajando de 15 a 20 hombres, que allí se llamaban jornaleros.

En tiempo de verano, los señores venían a veranear al cortijo, y los domingos venía un cura amigo suyo a decir misa. A la hora de decir la, salían con una campanilla, la tocaban alrededor del cortijo, y todos los peones venían a oír la misa. A todos les gustaba, y yo creo que era porque ese tiempo no tenían que estar trabajando, porque allí, en tiempos de faena, no había fiestas y se trabajaba también el domingo. La capilla era pequeña con un San Francisco en el altar porque el padre del dueño se llamaba Francisco.

El cortijo tenía tres viviendas: la de los dueños, la del encargado —que era hermano de mi padre—, y la nuestra, muy pequeña comparada con el caserón que tenían los amos.

La madre de mi padre era viuda, y como ellos habían trabajado siempre en aquel mismo cortijo para el padre del dueño, que ya había muerto, el hijo le pasaba a mi abuela una pensión de 30 pesetas al mes. Pero como eso era una miseria, se apañaba también con unas gallinitas que tenía y la leche que le dábamos de nuestras cabras, y lo pasaba bien, si se le puede llamar así.

Mi padre ganaba 100 pesetas al mes. Nos dejaban tener dos cabras para la leche, criar un cerdo cada año, sembrar una arroba de patatas y hortalizas, y conejos y gallinas.

Me acuerdo que los huevos casi no los catábamos, porque mi madre tenía que venderlos para comprar ropa, calzado y las cosas más imprescindibles. Aún me acuerdo, y hace ya 56 años, que estábamos siempre deseando que llegara la Semana Santa, porque esos días mi madre hacía potaje de garbanzos, arroz con leche y sobre todo tortilla de bacalao, que esos días le echaba bastante huevo.

Beatriz: Mi pueblo se llama Granadilla, en la provincia de Cáceres. Es un pueblo muy bonito porque tiene un castillo y una muralla que lo rodea. Está situado en un cerro. Por su parte baja pasa el río Alagón, afluente del Tajo. Allí hemos vivido, dentro de lo que cabe, bastante regular. El pueblo era bastante pobre, pero mi familia tenía algunos huertos y pequeñas fincas que, aunque de reducidas dimensiones, las trabajábamos todas y nos daban lo suficiente para vivir, pero de dinero no íbamos muy sobrados. Yo nací el año 1933.

Rafael: Yo vivía en el cortijo, pero a partir de los diez años quise saber leer y escribir con mucho empeño por mi parte, y mis padres me dejaron ir a la escuela del pueblo de Canjáyar, a la que iba cada día andando. Me llevaba mi comida del mediodía, y a la tarde regresaba al cortijo. Aprendí deprisa porque me gustaba. El maestro, que se llamaba Don Miguel, me tenía mucho aprecio y siempre decía que no era frecuente que los chavales de los cortijos se sacrificaran en ir cada día a la escuela.

Ángeles: De pequeños nos conocimos en el pueblo, pero nos llevamos diez años: él nació en el 1919 y yo en el 29. Los dos somos de Orellán, en la provincia de Lugo. ¡Qué miserablemente nos criamos allí! Aquello no es ni para contarlo...

Cayetano: Yo se lo tengo comentado a mi hijo alguna vez, hemos sido criados a base de pan de centeno y caldo gallego. Aquel caldo a muchos cerdos se lo dan y no lo quieren. Unos inmensos peroles de agua en que se hervían patatas, sal, manteca y berzas, y ¡a comer!: por la mañana caldo y pan; a las

doce del mediodía pan y caldo, y de cenar caldo y pan; y al día siguiente lo mismo. Yo creo que me crié con el olor de aquel caldo y de aquel pan. Aquel pan no era como el nuestro de ahora, era pan de hierba. O, mejor dicho, más hierba que pan. Y en Pascua y Ramos, comida extra, el mismo caldo, con algunas judías y garbanzos.

De mayor, en el campo alguna vez comimos carne grasa de cerdo, pero sólo de vez en cuando. No supimos qué cosa era la carne fresca, y no sabíamos de qué color era el queso.

¡Y a trabajar! porque había que trabajar; arar las tierras con las vacas y el arado de madera, a romper aquella tierra que no había visto nunca el agua, tierra dura como aquellos hombres. Secano y pobre, y todo para comer miseria.

Angeles: Empecé a ir a la escuela a los seis años y estuve hasta los diez nada más. Terminó la guerra y me pusieron a guardar ovejas con el rebaño. Más tarde, con mis quince o dieciséis años, me mandaron un tiempo a aprender a coser.

Cayetano: Yo tuve más suerte, porque estuve en la escuela hasta los catorce años. Yo era el más adelantado del pueblo, junto con mis hermanos. No porque fuéramos mejores, sino por el tesón de mi padre. Mi padre era analfabeto. Se fue a la Argentina, como muchos gallegos, y por ser analfabeto perdió allí buenas oportunidades de colocarse. Por ser analfabeto no pudo desempeñar los cargos que le propusieron. A raíz de aquello se dijo: «puesto que yo soy así, ya no quiero que mis hijos lo sean. Quiero que mis hijos aprendan». Antes era bastante saber las cuatro reglas, y eso fue lo que nos enseñaron en la escuela.

Florentino: Nací en el año 1945, en un pueblo pequeño, en Almoharín, provincia de Cáceres, y cuando tenía siete años nos vinimos todos aquí porque no podíamos aguantar más ya en el pueblo. Y así la mayoría como nosotros. Las tres cuartas partes del pueblo se había ido; allí, ahora, el que tiene tierras, los mismos caciques de antes, si quieren sacarle provecho, se las tienen que trabajar ellos mismos, porque no encuentran quien se las trabaje. Allí no ha quedado ningún joven.

En casa estábamos mi padre, mi madre y tres hermanos, dos varones y una hembra, y el que menos ha trabajado allí he sido yo por ser el pequeño. El único que trabajaba así a jornal era mi padre, que trabajaba de albañil. Recuerdo que uno de los caciques le dijo a mi padre: «Bueno, entre los que sois me tenéis que hacer una casa en el coto». Se la hicieron. Y al final va este señor y les dice: «Bueno, no les puedo pagar porque no tengo perras». Habían estado construyéndola cuatro trabajadores y le habían hecho la casa de piedra, que quiere decir ir a buscar la piedra a los cañaverales, recortarla y picarla, hacerle en encuadrao, montarla en la casa... y después de todo esto ¡que nadie pudiera meterse con él!... ¡Era para haberlo colgado! ¿Qué tenía que hacer entonces mi padre? ¡Robar para comer!

A media madrugada cogía mi padre a mi hermana y a mi hermano, se iban por allí a pillar lo que podían, bellotas o lo que fuera. Otras veces iban mis hermanos solos a coger guisantes, garbanzos o lo que había: se levantaban por la noche para ir a robar. A veces salían protegidos de siete u ocho personas mayores y por eso no llegaron a tener problemas serios los críos.

Yo recuerdo esto de cuando yo tenía cinco años; por eso, por lo pequeño que era, yo no tuve que levantarme nunca por la noche. Lo que yo sí hacía

con mi hermano era levantarme a las siete de la mañana a recoger cagajones. Es el recuerdo más malo que tengo del pueblo: si la escuela empezaba a las nueve, ya estábamos nosotros en la calle a las siete con un cajón grande de madera con dos asas de cuerda que nos había hecho mi padre, para recoger con la mano los boñigos de caballo y después venderlos como estiércol.

Otras veces mi hermana se iba por otro lado a vender naranjas, y nosotros a espigar. Se le pedía permiso al amo del campo, una vez ya tenía la cebada o el trigo segado, y llenábamos dos o tres sacos. Eso lo teníamos mi hermano y yo: dos sacos los llevábamos al molino para vender y el otro, también al molino y pagando nos lo molían para hacer pan para nosotros...

Por eso lo que puedo decir es que yo en el pueblo me crié sólo con tomate rajado, pan y bellotas cocidas; con eso me crié yo, que otras comidas no entraban en casa, como no fuera alguna vez los guisantes o garbanzos robados aquel día.

Agueda: De mi pueblo, Baños de la Encina, muchos se han marchado ya a Linares o a Jaén, que son las capitales más cercanas, donde además del trabajo se encuentran las atracciones y hasta algún baile a donde van los de los pueblos de alrededor. Allí nací yo en 1946.

Fui una cria muy enfermiza, siempre estaba debilucha. A los siete años cogí parálisis infantil: ¡cuatro meses sin poder andar! Luego me dio la gripe; siempre con fiebres, que por mucha alimentación que mi madre me diera, y me dio toda la que pudo, volvía a estar al borde de la muerte. Aquello fue una enfermedad malísima. Iba a la escuela y a media mañana ya no podía de fiebre y la maestra me echaba a mi casa. Por eso yo la escuela no la aproveché prácticamente nada hasta después de los nueve años que me operaron de las anginas y empecé a ponerme algo bien, y a los doce años ya me puse a trabajar.

De soltero mi padre fue minero en las minas de Araceli, que eran de plomo y carbón. Tanto mi padre como su hermano, que también trabajaba en la mina, eran silicosos, y los echaron de la mina por eso. Entoces empezaron a trabajar en un pantano que hicieron en mi pueblo. Luego se puso mi padre de barrenero, y se dedicaba a sacar piedras de las canteras para las carreteras o cosas así; y cuando no tenía trabajo, iba a la sierra a la caza. Mi madre entonces iba cada tres o cuatro días a llevarle la comida. Tenía que ir a pie a distancias de unos veinte kilómetros y recogía la caza; luego se volvía al pueblo, y otros veinte kilómetros a pie para llevarla a vender a Linares.

Los guardias, a los que pillaban cazando, no sólo les quitaban la caza, sino que a lo mejor, por tres o cuatro conejos o liebres descuartizaban a golpes al tío. Hubo un tiempo en que mi abuela vivía delante del Cuartel de la Guardia Civil. Entonces, por aquello de las mujeres, todo el pueblo sabía si aquella madrugada iba a salir la pareja y qué dirección iba a tomar. Tuvimos también la ventaja de tener un poco de amistad con un cabo que ahora ya está jubilado, y una vez que cogieron a mi padre, lo metió en un hueco de la escalera y le dijo:

— Mira, cuando tu salgas de aquí, te vas a ir derecho a casita como si yo te hubiera dado una paliza dejándote lisiado; así tienes que ir. Porque si no, a la próxima vez, te la tendré que dar de verdad, porque yo no puedo hacer otra cosa.

En otra ocasión le había dicho:

— Mira, cuando vayas por ahí, si nos ves un poco retirados, suelta lo que tengas, y si ves que corriendo te lo puedes llevar, corre, que yo no voy a correr detrás de ti.

Y así, entre una cosa y otra, íbamos tirando. Además, nosotros teníamos la ventaja de que como mi padre era silicoso, cobrábamos algo del seguro.

En invierno íbamos también todos los críos a la recogida de la oliva. Yo estuve yendo desde los seis hasta los catorce años o quince, y con el frío que hacía aquello era muy duro por lo pequeños que éramos. Si amanecía lloviendo, no íbamos, pero si había llovido el día anterior, aunque estuviera todo embarrado, salíamos. Total, por 75 u 80 pesetas al día que nos daban.

Pero nos vino una desgracia más encima con el accidente de mi padre. Trabajaba en la cantera y había terminado ya el contrato para hacer la carretera Madrid-Andalucía. Pero llegó un señor contratista y le pidió que le sacara unos metros de piedra para hacerse un chalet por su cuenta, digamos. Se llevó a mi hermano que entonces tenía catorce años, siempre se lo llevaba para hacerle compañía. Pero este señor en lugar de darle mechas nuevas, utilizó las mechas que quedaban, que eran muy cortas. Mi padre encendía la mecha y mandaba a mi hermano que se fuera lejos para darle luego tiempo a él de salir corriendo.

Se ve que además de cortas las mechas estaban un poco tarás, se volvió para encenderlas de nuevo y... ¡patapúm!... Fue un milagro que no quedara muerto en el acto, porque el barreno le explotó encima y le pillaron dos bloques como dos casas. Quedó enterrado en un hueco y sólo le pilló el pantalón, una pierna y el brazo, que lo tenía destrozado.

Al ver la explosión y no sentir a mi padre, mi hermano empezó a llamarle y mi padre, que se figuraba que detrás de la primera vendría otra explosión, a gritos le decía que no se acercara, que se fuera al cruce de carreteras donde estaba siempre la guardia civil: «Vete, que vengan y me saquen».

Se lo llevaron a Guarromán, a diez kilómetros, pero allí no podían hacerle nada, y lo llevaron desangrándose a Jaén, a cuarenta kilómetros, y le hicieron una primera operación. Nada. Curas por aquí y por allí. Tenían que haberle cortado el brazo porque le quedó destrozado y con tierrecilla, arena y suciedad dentro. Cinco meses se tiró así. Y al volver a operarlo, se quedó en la anestesia.

Florentino: Me tengo yo bien grabado que un año, el día de Reyes, de eso sí me acuerdo yo muy bien, íbamos mi hermano y yo a recoger los boñigos esos con el cajón en la mano y veíamos a todos los críos que no podían con sus regalos de Reyes por la calle. ¡Y nosotros con el cajón, allí, recogiendo boñigos con las manos! Un año, recuerdo que recibimos Reyes... ¿En qué consistieron? Medio quilo de tocino, otro medio de chorizo, 1,50 en calderilla, en perra gorda que llamábamos, y un gorrión. Esos han sido los únicos Reyes que he tenido yo en mi vida. No he tenido más Reyes ni regalos hasta que nos metimos novios, que entonces ya le regalaba yo a Agueda cositas y ella también me las regalaba a mí; pero en mi casa, ni regalos, ni Reyes he conocido. Mi madre, ahora, por ejemplo, viene el día del padre y me regala a mí algo, o viene el santo de las niñas y les regala algo a ellas. La pobre, ahora se desquita.

Agueda: Yo he tenido poco, pero algo sí que he tenido. Recuerdo que una vez el Ayuntamiento de Baños nos pagó algo, y al otro año mi padre nos compró, a mi hermano un caballo de cartón y a mi una muñeca; pero al otro día la metí en un cubo de agua. Ahí terminó mi muñeca.

Patricia: Me acuerdo de haber trabajado mucho en mi casa, porque éramos siete hermanos. Eramos panaderos y de los más pobrecillos de Almoharín, el mismo pueblo que Florentino. Tenía que hacer la leña, entrarla, ayudarle a mi padre en el trabajo de casa, cocer la masa, cocer los panes, todo. Trabajaba el día entero, desde que tenía diez años.

Yo iba al monte con un carro que tenía mi padre. Bueno, iba a recoger leña de jara. La jara es un arbusto que se cría bastante en los montes de Toledo. se cría en tierras áridas, muy montañosas, muy secas. La jara, cuando no se secaba, era muy pegajosa, como resina. Era muy desagradable y sucia, pero yo tenía que arrear con ella, todos los días con ella.

Fui a la escuela nacional. El maestro me pegaba y yo me ponía a llorar como defensa. Solía decir delante de los niños: «éste vale, éste no vale y tu no vales para nada». Un día le dijo incluso a mi madre delante de mí: «Patricia no vale».

Lo malo es que a otra señora le dijo: «Pero esta niña, sí, y es una lástima que no tenga usted para darle más estudios, porque es una gran tía». De eso, no sé, me acuerdo siempre. Se me grabó. Y desde entonces le cogí manía a la niña aquella. Como estaba muy acomplejada la escuela no me gustaba y me ponía nerviosa y no quería ir. Mis padres casi nunca me obligaron, porque entonces en el pueblo no se pensaba nada en eso de la cultura.

Agustín: Yo lo concibo de distinta forma; en aquellos tiempos no importaba tanto la cultura. Eran inquietudes particulares que tenía uno, que las tenías por que sí, sin proponerte ninguna meta, sin decir yo voy a llegar allí, porque entonces lo único que tenía valor en la vida era el dinero y no había más sociedad que el que tenía dinero y el que no lo tenía. Había distintas capas sociales, pero siempre todo se relacionaba con el dinero, con la parte económica. La cultura en aquellos tiempos en mi pueblo no se valoraba. Incluso había un refrán que decía: «Don sin din es igual que un gato con aristín». Aristín es una enfermedad. Es una frase que se decía mucho por el pueblo, que quería decir que tener don, que equivalía a una carrera, sin dinero, no valía para nada.

Yo me eduqué en el colegio de las monjas de Almoharín. Sólo hasta los diez años. De aquello recuerdo prácticamente nada más que algo de religión, de historia sagrada, de historia de España y esas cosas. Aprendí muy poco. Después fui a temporadas a una escuela de noche. Había un maestro en el pueblo que daba clases nocturnas en la temporada de invierno, cuando era la noche más larga. Solía ir una o dos horas y allí aprendí algo de matemáticas y aprendí a escribir.

Pero yo además he adquirido una formación ¿cómo diría? más especial. Pero esto ha dependido más de mí porque yo recuerdo que ya desde los primeros momentos tenía inquietud por la cultura. Me gustaba leer, me gustaba estudiar. Incluso recuerdo que en el colegio en casi todas las clases era yo el número uno o uno de los primeros de la clase. Siempre me siento interesado por la cultura, por aquellas cosas que desconozco, y si escucho alguna cosa que no entiendo, llega a casa y enseguida cojo el diccionario o trato de enterarme del porqué de aquello. Me han servido de algo también los dos años que estuve en una escuela de la obra sindical, que siempre es una convivencia, aparte de que daban clases teóricas y prácticas, con lo que siempre se va uno formando.

Sr. Caballo: Yo soy de Osuna, en la provincia de Sevilla, y me crié en la necesidad, como tantos otros. En el año 1920, cuando nací, los jornales eran

muy cortos. Mi padre ganaba 3 pesetas, y con 3 pesetas y cuatro hermanos que éramos no llegaba para nada.

Los pobres vivíamos en casa de los señoritos o hacendados o como se les llame, y en una casa, por ejemplo, de cuatro habitaciones, vivíamos cuatro familias pagando un alquiler, y en aquella habitación dormíamos el padre, el hijo y el espíritu santo... ¡Como los mismos bichos estábamos!

Mi padre era muy capaz de trabajar, muy callado y muy prudente, pero con poco espíritu de lucha y tímido. Fue gracias a mi madre, que veía que con aquello no se llegaba, que empezamos a trabajar en la recogida de la aceituna. Cuando empezamos a ir, el mayor de los hermanos tenía trece años, y él ya ganaba el sueldo de un hombre, porque llevaba una yunta como los demás hombres. Pero los demás hermanos veníamos ganando el sueldo de una mujer, porque a los hombres se les pagaba un salario y a las mujeres otro.

Y así que empezamos, aun con los fríos y las heladas del invierno, yendo toda la familia a la recogida de la aceituna. Íbamos como los pajarillos todos los días por aquellos caminos helados andando, cuatro, cinco, seis kilómetros, dependiendo de donde estuviera la finca. Antes de que apuntara el sol ya debíamos estar allí. Con el trabajo del primer año recuerdo que fuimos saliendo las cuentas debidas al tendero. Aquel primer año fuimos por la influencia de mi madre, y luego ya fuimos todos los años, porque mi padre se convenció de que aquello era necesario. Con lo que habíamos recogido al final de la temporada, mi madre nos daba ropa y alguna otra cosa de necesidad...

Luego, ya no sólo íbamos en invierno, sino que en verano nos poníamos también a escardar garbanzos, escardar habas, o arrancarlos o lo que fuera, recibiendo el salario de una mujer.

Lucas: Nací en Luco de Bordón, en 1915, provincia de Teruel, pero está cerca de Castellón.

Se tenía lo necesario para vivir: huerto y riego. Ropa y eso no tanto, pero comida no faltaba; aquí no pasaba como en otras partes. Porque todo el terreno del centro del pueblo es huerta. Las tierras estaban repartidas. Bueno, había dos o tres que eran ricos, pero en general todo el mundo tenía sus piezas. La que tenía muchas tierras era una familia que emigró a Castellón. Las dejaron todas y se fueron de allí y ahora tienen un bar. Ellos no cultivaban sus tierras, tenían a dos medieros que les llevaban la hacienda y les daban las medias, el rento, o el trato que tuvieran. Estos medieros vivían en las mismas masías del amo. No había ninguno que no tuviera nada, que no tuviera sus huertos y sus tierras. Había muy pocos que dependieran sólo del jornal. Nosotros teníamos dos casas, una de mi mujer y otra mía. En la que vivíamos era muy grande, pero ahora está ya derrotada de tantos años de abandono. Teníamos luz pero no teníamos aseo, y el agua había que ir a buscarla a las fuentes del pueblo, y antes de que las hicieran íbamos a buscarla con cántaros a la poza y al barranco, y buen frío que pasábamos.

Cuando yo estaba en el pueblo éramos unos quinientos habitantes. Ahora hay unos cuarenta. Allí no hay industria de ninguna clase. Sólo mucha agua y muchos barrancos.

Paqui: Mi pueblo también se ha despoblado. Soy de Priego de Cuenca, no

del de Córdoba, que es más importante. ¡Los mimbres que no habré pelado yo! Porque allí se da mucho el mimbre, los garbanzos y los alfareros... aquello no da para vivir. Voy allí y me dicen: «¡Estamos igual que hace doscientos años!»

Mas: Al campo, lo han tenido tan abandonado... En mi pueblo, por ejemplo, quien más quien menos, todo el mundo tiene una poquita de tierra, como en toda Castilla. Nací en 1930 en un pueblecito de la provincia de Burgos... pero ha habido tan poca evolución, tan poca cultura y nadie les ha dicho nada, que se han ido todos. No quedan ahora ni 30 habitantes. Y ahora ya me parece que mi pueblo no tiene razón de existir, y ya no viene ni en el mapa. Se han ido a Bilbao, Barcelona, Madrid... yo mismo tengo un hermano mío en Alemania y otra hermana religiosa, aquí en Barcelona.

Miguel: Recuerdo que cuando éramos pequeños, mis dos hermanos mayores, de los cinco que somos, se cogían un borrico y montados en él, ¡hala!, al campo a por uva, a por bellotas o higos o lo que pillaran, por la mucha necesidad que teníamos. Nos criamos muy escasamente, y teníamos la necesidad de comer. Con lo que traían, mi madre hacía pan de bellotas o de lo que hubiera. Es que la necesidad obligaba. Yo nací en el año 1942, en plena postguerra. Tengo ahora pues 37 años. Mi esposa también es del mismo pueblo, aunque creo que no pasó tanto. Somos de Puebla de la Calzada, de Badajoz, cerca de Portugal. Aquí nos vinimos ya casados.

Si en casa no habíamos comido, me marchaba, tarde ya, cuando el dueño se había ido, a un campo de coles y coliflores, y allí, de escondidas entre el matorral, me las comía crudas, hasta hartarme de placer. Recuerdo que para llegar a aquel huerto tenía que pasar por la puerta del cementerio. ¡Cual sería el hambre que llevaba que, con el miedo que me daba aquello de noche, pasaba por allí como si pasara ahora por una sala de fiestas!

Claro, el dinero no entraba; sólo alguna vez el que le daban a mi padre, que no siempre le daban. Y por eso tuvieron que ponerse mis hermanos enseguida a trabajar, uno a cuidar ganado, otro en la construcción y mis hermanas sirviendo. A mí de momento me colocaron en un cortijo a 2 pesetas el día y comida libre, y así ya no éramos una carga para casa. Pero enseguida que pudieron ya me pusieron con mi hermano de *paleta*, a los 8 o 10 años, no recuerdo bien. Yo empecé a trabajar llevando agua a los hombres porque lo más trabajo yo no podía.

Estuve una temporada muy corta en el colegio de Salesianos de la Puebla de la Calzada, de Badajoz, pero por el motivo de que mis padres no tenían dinero, tuve que dejarlo.

De no haber sido por aquello, yo podría tener estudios ahora. Porque los salesianos nos dijeron que nos daban la carrera de cura gratuita, o sea que nos ingresaban en el seminario. Pero teníamos que llevar ropa: tres toallas, una muda, un pijama y cosas de esas, que en aquella época repercutía en unas mil o mil quinientas pesetas, pero como mi padre no las tenía, seguí trabajando con mi hermano.

Ahora pienso: ¿cómo puede ser que la gente pudiera vivir con aquella necesidad? Porque no tener mil pesetas con las que yo ahora tendría estudios. Y es porque teníamos el yugo del fascismo encima. Porque si yo no he aprendido más fue porque no pude ir al seminario. Porque yo tengo amigos, un tal Alon-

so y otro que se llama Epifanio, que son curas ahora. Y yo pienso detenidamente: «A lo mejor yo podría estar ahora en su lugar, ser un cura o un Guardia Civil, o estar trabajando en un puesto respetable y no como estoy yo ahora». Pues sólo por poco, sólo por mil o mil quinientas pesetas no pudo ser. Eso está claro. Es que para progresar allí había que ser cura o Guardia Civil.

Alejandro: Mi padre era ciego y el que lo llevaba de lazarillo era yo. Íbamos a buscar bellotas para venderlas, porque allí hay muchas encinas. Bueno, para venderlas o para comer y hacer el pan de bellota. De eso tengo yo aquí el hombro señalado: con una cuerda a cada lado y atando dos o tres bellotas en cada pico del saco y dos cuerdas atadas en la boca del saco como un morral, para venderlas luego a 3 pesetas. Tenía yo entonces unos ocho años.

Sobre todo íbamos por las noches y en tiempo de luna. Yo me subía a la encina y me liaba a palos con ella para que cayeran las bellotas. Luego me tiraba al suelo a recogerlas y llenar primero el saco de mi padre y después el mío. Luego con miedo y enganchaditos de la mano nos íbamos de escondidas al pueblo...

Maria: Miedo porque a palos se liaban con los que cogían del campo... hasta con veinte años de cárcel, lo sé yo...

Alejandro: Allí no era tanto, en Ciudad Real, Almodóvar del Campo, de donde soy yo. Allí, por aquella época, yo nací en el año 1935, no más te quitaban los sacos y te amenazaban con los palos que te iban a pegar. Si te pillaban varias veces entonces sí que te pegaban. Y yo decía: «pero ¡hay que comer!» Y es verdad, había que hacerlo diariamente, que si no era para comértelas tú, era para hacer un poco de dinero y poder comprar algo para alimento para otros días.

¡Y no tengo yo las piernas poco peladas de estar sentado en un cajón! Y venga y venga, dale que te dale al molinillo. Porque además de las bellotas, íbamos a espigar en el tiempo de la siega. Allí en la Mancha se siembra muchísimo trigo y cuando lo han cogido y sacan todas las mieses, siempre se caen espigas. Pues se trataba de meterte detrás y venga coger espigas, coger un saco, volverte para casa y liarte a palos con él. Lo tirábamos en el comedor y nos poníamos con una vara a machacar las espigas. Luego lo sacábamos a la calle para molerlo, y con el trigo, hacer la tortilla en la lumbre...

Luego se murió mi madre, y mi padre se casó de segundas. Seguimos viviendo muy miserablemente. Al casarse él de segundas, tuvo en el matrimonio dos niñas; por eso nos criamos tres, pero yo... ¡mejor que ni cuente las desgracias que he tenido! La María, mi mujer, se ríe de mí porque de tantas ni yo podré acordarme.

Yo no he ido al colegio ni nada. Pero todavía estoy bien, creo, dentro de lo que cabe. No sé nada y ya está. No sé ni escribir como quien dice, no tengo ni el certificado de estudios, ni nada.

María: Leer, sí sabe, pero aprendió él solo, que es lo que más mérito tiene: pero si no sabe escribir es porque no quiere.

Yo misma le compré una máquina de escribir hace años, y al principio sí la cogía, pero ya... Mi hermano le decía: «Qué lástima Alejandro, tendrías que venirte aquí a Cazalla, porque aquí aprenderías». Allí todos estudian por la noche. A mis hermanos les dan las once y la una de la madrugada y siguen estudiando todavía. Pero él ya no quiere: tiene tiempo al *plegar* por la tarde

y no es hombre de entretenerse sino que se viene directo del trabajo, y hay la Escuela de Adultos y, a pesar de todo, no va...

En esto Andalucía es un desastre: o porque no hay escuelas, o porque aunque las haya la necesidad obliga y no se va, o porque cuando se va no enseñan, aunque sean colegios de monjas. Yo fui a colegio de monjas... Mi casa, en Cazalla de la Sierra de Sevilla, está frente al colegio de las monjas y mi padre es el herrero del pueblo, un buen oficio para el pueblo. Pues empecé a trabajar en la escuela barriendo las clases. Por cierto que nos teníamos que llevar arena porque no nos daban serrín.

Y aunque aquel colegio lo tenía que pagar mi padre, porque no era del gobierno, después de haber estado toda la vida en eso, lo poco que sé lo he aprendido aparte: al llegar ya nos ponían el recreo, luego a barrer, entrábamos a rezar el Angelus, y a la calle. Y por las tardes a coser, y luego a rezar el rosario y un poco de catecismo en voz alta, y a las seis menos veinte de la tarde a barrer la clase otra vez; ¡Y a la calle a las 6! Nos mandaban al catecismo de la parroquia a las 7 y teníamos que asistir porque llevaban lista de asistencia y al día siguiente por la mañana cuando pasaban lista teníamos que decir: «Hermana, ya acudo al catecismo y al rosario de la parroquia...»

Barrer y barrer, eso es lo que hacíamos. Te obligaban a barrer aquellas gallerías. De tal modo que, aun estando en un colegio, tomé la comunión a los once años porque no sabía leer, y a los doce no escribía todavía mi nombre.

Primitivo: Pero coño, si incluso esto me sucedía a mí, que iba a una escuela bien, de las de pago. Yo nací en el campo, cerca de Sos del Rey Católico, provincia de Huesca, en 1923. Allí en Sos había un colegio de curas al que asistían los hijos de los señoritos de alrededor, pero como yo era pobre, siempre cargaba con las culpas de todo lo malo. Yo era el que cagaba el water. Yo era el que rompía el vidrio. Yo era el que no iba a misa.

— Fulanito ¿de qué color tenía el cura la capa el domingo?

¡Mi madre! Cualquiera sabía el color con tanto dibujo... y ¡palo que te crió! Al fin, dejé de ir.

Robusto: Yo hasta los siete años, el día que en casa había comida podía ir al colegio. Pero el día que no había nada en casa para comer, tenía que ir por ahí a las huertas a robar: a robar uvas, patatas, o lo que fuera. En vez de ir a la escuela pues me iba a lo otro, porque no había desayunado y había que llenar la tripa.

Cuando ya la cosa me iba un poco bien, a los siete años, me marché de casa. Nací en 1937, en un pueblo de Guadalajara.

Gracia: Se fue a trabajar.

Robusto: Me quedé sin padre casi de nacer, y quedamos cuatro hermanos pequeños. El mayor tenía once años.

Gracia: Y en un pueblo de la provincia de Guadalajara. En un pueblo donde no hay trabajo ni hay nada, con su madre para los cuatro, y él que nació durante la guerra.

Robusto: Y cuando yo tenía seis o siete años, mi madre también cayó enferma y estuvo siete años en un hospital. Así que somos cuatro hermanos. Cuatro hermanos que no sabemos más que nada, medio sabemos firmar.

Gracia: Por eso ahora él escribe malamente con muchas faltas de ortografía.

Robusto: Bastante que sé, que la escuela no la he pisado ni una vez. Voy sabiendo leer y escribir y las cuatro reglas.

Esta vida de haber empezado a los siete años a trabajar es una vida muy dura, muy dura, muy dura. Había que dormir en los establos. Y si caías enfermo te mandaban a casa, claro sin seguro. Te llevaban a casa o te despedían. Eso me ha ocurrido a mí.

Gracia: Mis hermanos y yo tampoco fuimos niños como lo son los niños de ahora. No tuvimos juguetes, ni regalos, ni comida especial. Además nuestros padres no nos cuidaban mucho. Entonces se tenía la idea de que lo mejor era que los críos se pusieran a trabajar cuanto antes para que no fueran una carga en la familia.

Ibamos a trabajar y a mi me dolían los brazos y todo el cuerpo de levantar cosas y sólo pensaba en comer. Nos daban el pan y aceite y mi madre nos ponía migas de maíz. Molía maíz con otras mujeres y hacían harina y luego con esa harina hacían las migas. ¡Cómo esperaba yo ese momento!

Mi padre era muy serio con nosotros. Si venía del campo, si estaba con mi madre, siempre lo veíamos serio y apenas se entretenía con nosotros y algunas veces nos pegaba. Pero es que él también pasó mucho.

Empezó a trabajar de ocho años y tiene sesenta y ocho, y como le pagaban poco, pues a seguir trabajando... Pero bueno, hemos nacido así, y así tenemos que vivir ¿qué vamos a hacer? Si nos movemos nos levantan la tapa de los sesos y ya está.

Robusto: Esto tiene que cambiar. Esta generación tendremos que pasarlo así, pero la generación que viene ya no puede ser.

Nieves: No quiero recordar lo que he pasado yo, la mayor de doce hermanos, criados con la esclavitud aquella. Aquello era esclavitud, sí, que si te toca hoy aquí y mañana allí y al otro más allá. Porque las fincas no estaban juntas, y entonces te tocaba trabajar de noche. Yo he dejado a mis hermanos pequeños durmiendo y me he ido a regar tres fincas de noche, porque de día me era imposible. Yo he cogido por fanegas los garbanzos. Yo atendía la casa. ¿Para qué contar esa historia? El pueblo aquel era mucha esclavitud.

Nosotros hemos vivido con muchos sacrificios y muchas miserias trabajando en el campo. Hasta que a nuestro pueblo le ha cogido el pantano y lo han dejado peor. A muchos nos han cogido nuestros olivos y otros no querían venderlos. Yo he llorado, he firmado por algunas tierras, porque fueron mis hijos y me dijeron:

— Mire, usted ya no puede trabajar.

Y yo tuve que firmar con lágrimas. Y esto creo que no tiene mucho sentido. Han expropiado terrenos y han hundido el pueblo. Yo tenía noventa olivos sembrados allí, con encinas grandes para la sombra. Le sacaba a cada uno mil pesetas de aceitunas en un año y siempre era tuyo el olivo; y ahora no han llegado a mil pesetas el olivo que más me han pagado en la compra. Me dieron setenta y siete mil pesetas por los noventa. Y ya no son míos.

A los 51 años (tengo ahora 73) me quedé viuda, sola con los hijos. Y a trabajar por ellos que son tres. Aunque el mayor yo no lo parí, hablando castellánamente. Es hijo de una prima hermana de mi madre, se quedó sin sus padres y se crió conmigo. Dios lo quiso así.

Yo me acuerdo, a veces, cuando me acostaba allí, en el zaguán, en un montón de maíz, con mi marido que en gloria esté... pero pobre y todo, he criado a mis hijos, he criado a sobrinos. Una tengo en Reus que ésa me está llamando y de buena gana me querría tener en su casa. Pero yo ya no valgo ni dos reales ni aquí, ni allí.

Juan: Pues yo soy de cerca de Reus, de Bellvís, en la provincia de Lérida, y allí, aunque la situación no era tan apurada como en otras zonas de España, no se podía vivir. El que no era dueño o patrón no tenía ninguna posibilidad. Por eso la aspiración de los catalanes era llegar a ser dueños. Llegar a patrón.

Yo soy de oficio panadero. Empecé en 1944, a los 14 años. Pero yo no podía ser panadero industrial porque un horno valía mucho dinero. Cuando tuve 25 años, por el año 55, se creó un ambiente de industrialización en mi pueblo, como reflejo de lo que ocurría en Reus. En algún pueblo de por allí hicieron alguna granja. Así, yo que no podía comprar un horno, sí podía poner una granja e independizarme, no trabajar para nadie. Es curioso eso porque allí decimos que en Lérida partíamos la leña con esta filosofía de independización.

Parecía que trabajando para uno mismo ya se era independiente y era un error, porque no es así, desde luego.

Me hice pues una granja por mi cuenta. Para eso pedí un préstamo al Estado, al Instituto Nacional de Colonización. Hice una granja y después una vivienda completa, pero siempre pendiente de los demás: que si aquí me empeño, que si allá también. Iba avanzando pero siempre con el agua al cuello. Cuando ya parecía que respirabas un poco ¡patapúm! un bajón de precios y otra vez a perder dinero y atrás. Te pegabas dos años más de luchar y luchar y al tercer o cuarto año pasaba lo mismo. Así estuve durante casi diez años y era imposible estabilizarse. Siempre con el mismo problema de los altibajos y no podías vivir tranquilo.

Anastasia: A mí me pasó que aprendía a leer pintando las letras a mi manera. No sé ni cómo lo hacía. Ahora si cojo un libro, lo leo todo seguido y, aunque no sé dónde hay que pararse y hay que seguir, yo lo entiendo como si estuviera viendo una película de cine.

Nunca fui al colegio y me dicen que soy un caso porque aprendí sola. Dos o tres libros me leo por semana y cuentas no conozco, pero las hago mentalmente por las pesetas que me dejan. A pesar de todo, encuentro que hace falta la escuela para que pudiera escribir a mis amigas sin *gargotes*, como yo digo. Ellas ya están acostumbradas, pero a la persona que lee mis cartas por primera vez, se le hace muy difícil acabar de entenderlas.

José: Yo estuve en la escuela desde los seis hasta los doce años, pero fue un desastre. Sobre todo por los cambios de maestro, que en Extremadura cambian mucho. Tuve más de doce maestros. A cada mitad de curso un maestro nuevo y con su enseñar diferente olvidabas lo poco que habías aprendido.

Teresa: Yo creo que de los maestros que han tenido en el pueblo mis seis hijos, solamente uno ha sido bueno, y eso influye mucho. En Castilla los maes-

tros eran un desastre, y así siguen siéndolo, creo yo. Si hubo algunos a los que yo ni siquiera llegué a conocer porque no iban ni ocho días... Como ninguno quería ir, estaban dos semanas con uno, quince días con otro, dos meses con el siguiente...

Antonia: En el pueblo casi no fui a la escuela. Además, entonces en la escuela no enseñaban como ahora, sólo habían las escuelas del estado, pero allí tenían preferencia los que eran de más dinero: las más ricas estaban en un lado y las más pobres estábamos en otro lado. La maestra sólo se tomaba interés por las más ricas, seguramente porque tenía unos beneficios o le traían regalos o algo. Las más pobres estábamos allí, en un lado, y a veces aguantábamos el chiquillo de la maestra que vivía en la misma escuela. A pesar de todo, algo aprendí.

Dora: De muy chica empecé a ir al monte con mi padre a cortar leña y el carbón. Soy de Guadalajara, de Paralejos, pero pronto nos vinimos aquí. A lo mejor estábamos un año en un bosque, y si esto nos pillaba cerca de un pueblecillo, entonces bajábamos a la escuela, de lo contrario no.

Mi hermana Carmen se quedaba en el pueblo. Ella siempre estuvo con mi tía, la rica que le decíamos. Tenía una panadería, ella la ayudaba y a los 19 años se vino a Barcelona a servir. Pero los demás apenas tuvimos vida en el pueblo. Hemos sido como los zorros que van por el bosque, cuando veíamos a alguien, echábamos a correr. Es que nos juntábamos seis o siete personas y mientras los mayores se iban a cortar leña, mi hermano y yo hacíamos de cocineros, hacíamos judías, patatas fritas o la olla.

Mi hermano y yo nos entendíamos bien, pero teníamos miedo porque no estábamos acostumbrados a estar solos. Por eso, si tardaban mucho y venían ya de noche, muchas veces nos encontraban con la cabeza tapada por el miedo.

Mi padre nos pegaba porque no le hacíamos caso. Y es que todos éramos rebeldes o por el estilo, pero jamás nos rompimos un brazo o un pie. Nada. Llevábamos unas alpargatas de goma como las ruedas de los camiones, que tenían unas tiras con una caña de alambre muy grande. A mí a veces me chorreaban los pies de sangre de las rozaduras que hacían, pero después se acostumbraba uno a las botas y ya ni dolían. Recuerdo que un día tuvimos que ir mi hermano y yo a por aceite y para no hacer un camino muy largo decidimos ir derecho por un atajo. Total que cuando llevábamos un rato de camino nos encontramos con un barranco, con unas rocas muy grandes. Mi hermano saltó, pero a mí me cogió miedo hasta que al final me decidí y salté. Luego no lo contamos en casa. Esas cosas no las contábamos porque si no, nos pegaban. Y otra vez nos hicieron otra cosa a mi hermano y a mí: teníamos que traer el agua a las costillas y nos pillaba muy lejos. Los hombres llegaron una noche y no había agua y empezaron a decir que habíamos estado jugando, así que nos cogieron y nos hicieron ir a buscar agua. Había una media hora larga de camino, y todo era un barranco que si te caías no lo contabas. Yo como era más pequeña no sabía mucho, pero mi hermano me decía que me callara que así los bichos no nos oían y no salían. Porque tuvimos que ir, en castigo, a pesar de la noche.

A los 9 años estuve sirviendo con una señora que me daba diez duros. Esa mujer tenía un hijo tonto, y ella estaba muy mala, así que le dijo a mi padre que me dejara con ella, pero yo cuando llegué a aquella casa y vi el panorama pensé que ya no duraba ni quince días. No quería comer y un día me levanté y le dije que me iba con mi padre. Así que cogí mi zurrón, cogí el caminito y me fui.

En la escuela hacían muchas diferencias entre los alumnos. Como nosotros no teníamos para darle a la maestra nada, nos ponía atrás en una mesa y nadie se acordaba de nosotros. Y si alguna vez nos preguntaban, no lo sabíamos, porque nadie nos lo había enseñado. Me acuerdo que me pegaba una de tortas aquella mujer cada vez que no sabía contestar. Así que cuando iba allí, iba atemorizada, y eso que iba pocas veces, quiero decir que pocas veces me llamaba.

Recuerdo que a lo mejor te llamaba una vez por semana, que los demás días eran como si no estuvieses allí. Ahora, las del alcalde y toda aquella gente salían todos los días. Ellas, sí.

Matilde: Yo nunca fui a la escuela de pequeña. Mi padre por las noches me enseñaba algo. Incluso les he escrito cartas, cuando estaban en el pueblo, pero apenas se me entienden.

Soy de Cádiz, como Julián, nacida en 1944. Desde pequeña, desde muy pequeña —tendría siete años— he estado cuidando cabras, una *pitarra* o una *piarra* de cabras que se dice, según el pueblo. Yo estaba sola con mis dos hermanos pequeños y mientras ellos cuidaban, yo iba por el agua en un burro con unos cántaros. La comida, en general, no faltaba: sopa, mucho arroz, un cocido, en fin, la comida del campo. Era muy duro y ya no quiero más aquello. El rebaño era de mi padre y del encargado a medias, así se decía. Pero el otro se llevaba las tres cuartas partes y mi padre una, porque, bueno, el otro era el principal, el dueño y él era el que ganaba más.

Julián: A mí me pasó igual que a Matilde. Mi padre me retiró del colegio a la edad de siete años para ayudarle a cuidar un hatajo de cabras. Me retiró para llevame con él, con el ganado. Tenía yo unos seis o siete años y mi hermano mayor había cogido una beca para cura y estaba estudiando en Sanlúcar de Barrameda, que fue cuando empezó los estudios de sacerdote.

Entonces mi hermano no quería cuidar cabras y mi padre peleaba con él: «Ven a trabajar conmigo». Y él nada, que no quería. Y mi hermano ya era mayor, tenía trece o catorce años y logró la beca, y entonces mi padre le dijo:

—Pues, bueno, pues si tu no quieres seguirme a mí, pues te vas a lo otro.

Y va el cura que había en el pueblo, Don Manuel, y arregló todos los papeles. Y, entonces quedamos cinco hermanos y la otra, la Gema, mi hermana. Entonces los únicos que trabajábamos éramos mi padre y yo. Éramos los que llevábamos la casa adelante, aparte de que mi hermana trabajaba en casa desde pequeña, igual que nosotros en el campo.

Antonio: Cuando yo nací, mi padre estaba en la guerra. Era en septiembre del 36, y por eso no me insertaron entonces en el registro. Fue al año siguiente, cuando mi padre se fue a Zaga, cerca de Loja, donde vivieron mis padres algún tiempo y donde vivía todavía mi abuelo, y allí preguntó si estaba asenta-

do en el registro. Claro, dijeron que no, y lo hicieron entonces. Por eso, aunque yo me he criado en Iznájar de Córdoba, en el carnet figura como si fuera de Loja.

Mi madre aun vive, y ¡ha sufrido tanto!... Mi padre ya ha muerto. Al terminar la guerra, en lugar de venirse con mi madre, mi padre se fue con otra, y entonces ya nos quedamos a la luna de Valencia. O sea, de antemano, yo me crié sin padre.

Vicenta: A mí no me apuntaron con retraso. Yo nací el día uno de octubre del 43, y me pusieron el día 3; lo normal. Yo he pasado también, pero a nivel de lo de Antonio, no. Yo era sola, mi padre no más que me tenía a mí, y él, yo qué sé, era un poco especial...

Antonio: Mi suegro es un buscavidas.

Vicenta: ... iba andando kilómetros y kilómetros para traer a lo mejor 10 kilos de harina o garbanzos u otra cosa, porque era un hombre que se corría el mundo de una punta a otra para traer algo a casa. Y como no tenía otra carga de familia, pues se defendía de otra manera...

Antonio: Mi infancia ha sido trágica. Yo he carecido de cariño, en todos los terrenos. ¿Con quién me crié? Lo primero estuve con una gente del propio Iznájar que se llamaban muy religiosos. ¡Madre mía de mi alma! Allí no se pasaba una noche en que no se rezara el rosario. Entré con menos de ocho años y me pusieron a cuidar cochinos, y por la mañana a barrer el patio.

— Antonio ¡a limpiar el patio!

Así todas las mañanas. Y estaba descalzo. Aquello todas la mañanas amanecía cuajado de carámbanos de hielo, que aquello es muy frío. Y yo estaba descalzo, que no me daban para calzarme. Y yo, descalzo lo barría, y luego a guardar cochinos.

Vicenta: Pero es que a Antonio en el patio aquel no le ponían ni cama. Dormía donde estaban los mulos, las vacas o lo que había...

Antonio: Yo dormía allí en el suelo, lo mismítico que ¿qué diría yo?. Allí había una poca de paja y me arrojaba por la noche con un fardo de recoger aceitunas, en el suelo. ¡Aquello tenía más mierda de aceitunas!... Otras veces me metía en el mismo pesebre y me arrojaba con una manta de ésas que ponen en los aparejos, igual que un cochino más o que un perro o como se quiera decir. Y todo esto antes de tener los ocho años cumplidos. Es que no había piedad de nadie.

Estuve allí un poco tiempo. Un día la señora aquélla me quería pegar. Una señora muy beata que había. Y estaba yo llorando, y llorando, y vino aquel día mi madre y le preguntó a un tal Don José:

— ¿Qué le pasa a mi hijo que está llorando?

— No sé que le pase nada.

El hombre no me había hecho nada, pero su cuñada decía que me daría una paliza, y yo no sabía por qué. Y así que me mandaron de allí, pero me fui a otro sitio, y de allí a otro y a otro y a otro... porque mi madre necesitaba y no me podía mantener si yo no estaba trabajando.

Mi madre también se casó luego; se casó con otro hombre, y ya se sabe lo que pasa... Este hombre, muy bueno y tal, sí. Pero yo no le dolía nada. Yo tendría entonces unos diecisiete años. Y llegaba yo algunas veces a casa y parecía que ya no encontraba allí a mi madre.

Mi madre también ha padecido muchísimo por eso de la familia. Y yo ¡he sufrido tanto por no tener a nadie! En ocasiones cuando iba a trabajar a algún

sitio, parecía que todo el mundo se abusaba a reñirme, a hacerme trabajar más y más, como el que trata una cosa que no es suya. Dicen: «Si tienes un amigo o un caballo, cuídalo,» ¿no? Pues yo ni amigo ni caballo era. Yo no era nada, la pura nada. Un esclavo más.

Y así hasta que me casé. Y ya me casé porque me dije «me voy a casar para ver si reorganizo mi vida,» porque estaba harto de ir de un sitio para otro, porque adondequiera que llegaba nadie tenía piedad de mí, sino lo que les interesaba era solo mi trabajo. Y he pasado... he pasado, vamos...

Ya sé que en esto de tener a Antonia, sí, ya comprendí que había metido la pata, pero ya que las cosas resultaron así, pues nada, adelante. Por eso, cuando mi suegro me preguntó:

— Bueno, ustedes vais a querer seguir juntos o...

Y yo dije:

— No, no, nosotros seguiremos juntos, seguiremos juntos. Ni hablar, ¡seguiremos juntos! Muchos días —oye— nos peleamos, pero de ahí no pasa. ¡Seguimos juntos! Y seguiremos juntos hasta la muerte...

Yo le he dedicado una poesía a Vicenta sobre mi muerte. La sé de memoria, como todas:

El rincón del silencio
será mi aposento;
notas de mi guitarra
vibrarán en tu tiempo.
Al compás de la melodía
llegarán mi besos,
con el sabor de mis auras
y el calor de mi aliento.
En tus sueños dorados
abordará el recuerdo
de la flor de romero
que amamantó tu huerto.
Tardes lluviosas
a tu cálido invierno
traerán mis horizontes
a tu solitario lecho
y en la tierra dormida
brotarán mis versos
como claveles rojos
de mi amor eterno.

Y desde entonces lucho por ellas. Lucho por la familia y por los hijos, que ni Antonia ni la Vicentita se vean ¡nunca!, como me he visto yo, que antes de tener ocho años ya me puse a cuidar cochinos ¿Cómo me iba mi madre a dar nada o llevarme a la escuela? Además en aquel campo no hay escuela ni hay nada.

Y esto me da una moral y una fortaleza... Ya sé que no valgo para nada, porque no valgo para nada, pero para trabajar... trabajo como un mulo, para ganar lo suficiente y que así la Antonia estudie y la Vicentita estudie. Eso yo lo tengo metido en la cabeza. ¡Vamos! que de ahí no frenaré.

Vicenta: Por eso lo seco y canijo que ha crecido Antonio. Yo creo que es de lo que pasó y del hambre. Todo lo que tiene es nervio. Aunque no hemos sido grandes labradores tampoco...

Antonio: Yo he criado tantos piojos, los he criado tanto por falta de alimentos, por suciedad y por asco, que ahora, cuando llega una lucha, por ejemplo, y está lloviendo, o esto o lo otro», me da igual. Y es que he pasado tanto, que salgo como si tal cosa.